

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

DEL ACEITE.

DE LA EXTRACCION DEL ACEITE.

(Conclusion.)

Trátase de obtener el aceite en su mayor grado posible de pureza, tal cual le han fabricado los olivos, sin mezclas de ningun género, ora vengan del exterior, ora de las mismas aceitunas; pero tan solo el aceite que aloja la carne en sus celdas. Y como el de las pipas presupone cuando menos un principio de rancidez y un agente de mal sabor, y como por otra parte no hay de presente medio hábil de aislarle, debe siquiera procurarse que de él entre en la masa general la menor cantidad posible. Por esto recomiendan los autores que para la primera presion se muelan las aceitunas groseramente y á ligera, poco más que despachurrándolas, porque de esta suerte queda intacta la mayoría de las pipas. Aun así poco se adelantaría si en seguida una presion enérgica y sostenida las aplastase y obligase á soltar su aceite, por lo cual consiguiente prevencion, muy natural y lógica, es no dar á las prensas de husillo el máximum de fuerza, ni consentir que permanezca en las de libra suspendida esta

más que el tiempo indispensable, para que fluya sueltamente á la periferia el aceite del centro, con escaso acompañamiento de materias mucilaginosas por su naturaleza propensas á enranciarse. Ciertamente el agua hirviendo las coagula y separa, más á la par disuelve varios principios de pronunciada sapidez que en concepto de muchos prácticos desnaturalizan el olor y sabor característicos del aceite puro, y le hacen desmerecer al paladar de los consumidores que desde niños no se han acostumbrado como nosotros al gusto fuerte de nuestros aceites usuales. De ahí la postrera regla de no escaldar la pasta en el primer periodo de expresion. Con todo, alguna voz se levanta en favor del escalde, y confieso que no me disuena al oido, efecto tal vez de vivir en un país que no fabrica aceite vírgen. Si por una parte este recelo me mantiene algo dudoso, tambien por otra llevo á sospechar si la antiquísima y opuesta costumbre de exprimir en seco la flor del aceite, y con escalde las demás clases, puede haber originado la prevencion con que se mira la accion del agua hirviendo. Punto es este que debe resolverse en el terreno práctico el dia que haya paridad en los términos de comparacion, es decir, el dia que los cosecheros presenten aceites cocidos ó escaldados, pero fabricados con el mismo esmero con que franceses é italianos fabrican los suyos crudos ó vírgenes. Mas por de pronto sugétense nuestros paisanos á las ideas dominantes, y no escalden la vez primera si desean dar lucrativa salida á sus caldos en los mercados extrangeros.

En resúmen, las condiciones de la primera prensadura son:—pasta gruesamente triturada;—juego especial de cachos;—supresion del escalde;—presion poco enérgica y no muy prolongada;—y, si no se elabora en departamento separado y con máquinas particulares, suma limpieza y esmero en evitar mezclas de inferior calidad.

Obtiénese en este primer acto la mitad ó los dos tercios del aceite que la pasta encierra, pero aceite que, reposado y clarificado, será de primera calidad. Suelen llamarle vírgen, aunque en general se aplica más especialmente este nombre al que se recoge en el molino y ha fluido por la mera accion de la volandera.

Ni la accion muy prolongada de la viga, ni el esfuerzo máximo de las prensas de hierro, bastarian á sacar en una segunda presion el resto del aceite que la pasta encierra, si nuevas y prévias operaciones no allanasen su trabajo. Ante todo han de desaparecer los gruesos fragmentos de que se compone la pasta, de intento mal molida antes, remoliéndola y reduciéndola á masa fina y homogénea sin pedazos de huesos, ni pepitas enteras, ni celdas de la pulpa por desgarrar. Aun así no saldría todo el aceite, si no mediase la accion del agua hirviendo que penetra en todos los intersticios y dentro de los poros, le desaloja de ellos, le vuelve más fluido y en el acto de la presion le arrastra y obliga á salir. El agua debe tener la temperatura de ebullicion para que surta todo su efecto. Oblígase á las prensas, en esta segunda presion, á desplegar toda su potencia; y mientras dura se echan de vez en cuando al pié cazos de agua hirviendo que favorece, mediante su calor, la fluidez del aceite y su salida.

De este segundo periodo son, por consiguiente, condiciones necesarias:—remolido perfecto y homogéneo;—juego especial de capachos;—escalde con agua hirviendo;—y presion sostenida y vigorosa. Y por de contado exquisita limpieza, y vigilancia en impedir mezclas de aceites inferiores.

El aceite de esta segunda presion es comestible y transparente, por haber coagulado el agua hirviendo las sustancias albuminoideas, que en abundancia han salido de la pasta, y que de otra suerte le hubieran obscurecido; pero de calidad no tan preciada como la anterior, y de olor y sabor menos genuinamente naturales. Sin ninguna dificultad pueden obtenerse dos clases distintas en vez de una sola, formada una de ellas por el aceite que se rezuma al principiar la presion, y la otra por el que sale en último término.

Trabajada la pasta en los términos expuestos, no hay que pensar en una tercera prensadura, cuyos productos, vista la potencia desplegada en la segunda, difícilmente costearian la mano de obra. Esta tercera presion no se comprende sino en los molinos que, como los mallorquines, están dotados de prensas de poca potencia, y apuran luego el orujo en otra mas poderosa.

En cuanto al orden que convenga seguir durante el curso de la campaña, depende de las condiciones especiales de cada hacienda, y queda al arbitrio y buen criterio de los cosecheros. Muy lisonjero sería que el surtido de máquinas permitiese moler y prensar de primera intencion, mientras otra cuadrilla de operarios remuele y reprensa; pero á falta de tanto desahogo no se pierda de vista, para tomar la debida resolucion, que el aceite de más valía es el de la primera prensadura, y que de esta clase importa sacar cuanta cantidad sea dable. En algunos casos será tal vez oportuno labrar de la recoleccion diaria de aceitunas la parte posible y entrojar la restante, segun consejo del Sr. Villaverde (*), ya indicado en otro lugar (pág. 274). Más para tener entrojada la aceituna, que cuando le llegue el turno no dará quizás aceites comestibles, preferiria entrojar pasta prensada y que ha rendido aceite fino; es decir que en último apuro me limitaría á moler y prensar una vez la pasta, y guardar el orujo para remolerle y reprensarle á medida que diere vagar la aceituna fresca. Sin acudir, empero, á tan extremados recursos, me parece que no será tan pobre la dotacion de la almazara que no permita distraer alguna prensa para el reprensado; ó bien que podrá disponerse de dos tandas de operarios, una de las cuales termine de noche la labor que la otra tanda empezó de dia; ó que aprovechando dias de nieves ó lluvias, ó de desahogo de fruto, pueda turnarse sin perjuicio para el buen aceite. En una palabra, dificilmente los propietarios cuidadosos dejarán de idear alguna combinacion, que concilie las exigencias de la buena labor con las condiciones, mas ó menos favorables, de la hacienda ó de la localidad.

Que el actual procedimiento perfeccionado de extraccion del aceite es susceptible de reformas, salta á los ojos de la persona menos versada en este ramo de la industria agrícola; y que el éxito no ha coronado las innovaciones hasta

(*) *Instruccion para mejorar la fabricacion de los aceites de olivas*, por D. LUIS DE VILLAVERDE Y CASTERA. Es un excelente opúsculo, nutrido de sana doctrina, é impreso en Cádiz en 1874.

ahora intentadas, con mas celo que acierto, atestígualo harto elocuentemente la experiencia. Prescindiendo, pues falta el fallo de la práctica, del molino del Sr. Villaverde que ha de moler las aceitunas sin quebrantar los huesos, y de la prensa hidráulica del Sr. Cases, así como de los varios mecanismos ideados con el objeto de prescindir de los capachos, dedicaremos tan solo breves palabras á las innovaciones, no aceptadas, que propusieron los Sres. Centurion y Demesmay.

La ineficacia del sistema del primero está pasada en autoridad de cosa juzgada, así por la indiferencia con que se le recibió y el olvido en que ha caído, como por el completo malogro de los ensayos que en el terreno práctico se hicieron. Á propósito de ellos se expresa como sigue el Sr. Manjarrés. «Hácia el año 1849, D. Juan Bautista Centurion dió á luz una memoria, titulada *Ensayo de un nuevo sistema para extraer el aceite de olivas*, que fué premiada por el Ministerio de Fomento, en la cual proponía el autor un método de extracción por medio del agua calentada con el vapor acuoso. Las pruebas hechas en Sevilla en 1864, por aquella Junta de Agricultura, Industria y Comercio, bajo nuestra inmediata dirección, disponiendo de todos los elementos necesarios para hacer un ensayo en grande escala y á todo costo, en el cortijo de Gambogaz, propiedad del Excmo. Sr. D. Ignacio Vazquez, dieron tan malos resultados, que no nos atreveríamos á colocar este método en la categoría de los sistemas industriales. Obsérvase en el aceite cierta disposición á formar una emulsion en el agua con los principios constituyentes de la pulpa, de la cual se repara difícil é incompletamente á pesar de cuantas precauciones se tomaron en dicho ensayo para llevar al terreno de la práctica lo propuesto por el Sr. Centurion.»

Tampoco logró prevalecer la idea, sugerida por Mr. Demesmay, de substituir el escalde directo por la acción del vapor de agua conforme se hace en la extracción de los aceites de semillas. Al efecto llenaba de pasta varios sacos de lana ó cáñamo y los colocaba sobre rejillas de alambre convenientemente espaciadas dentro de una caja de madera

cerrada y forrada en cobre. Un conducto provisto de llave comunicaba con el generador de vapor, y daba paso á este para que actuase sobre los sacos é infiltrase la pasta, la cual á los doce ó quince minutos estaba en disposicion de ser reprensada. Pero este sistema de escalde que en los aceites de semillas dá buenos resultados, comunica á los de olivas sabor desagradable, defecto gravísimo que se considera de imposible correccion, y que imposibilita en absoluto la aplicacion de tal procedimiento en las almazaras.

Á medida que el aceite fluye de la pasta, y cae en la taza ó cuesco, sale por el pico de este, y vá á acumularse en depósitos provisionales, en donde se separa de las aguas de vegetacion y escalde, y de las impurezas que le acompañan. Cada provincia dá á esos depósitos ó pozales disposicion distinta, y será no menos curioso que útil describir las sistemas principales y exponer sus ventajas é inconvenientes.

En las almazaras mallorquinas se sitúan los pozales ó pocillos fuera del local en que funcionan molinos y prensas, y generalmente en el almacén del aceite (*botiga d' es oli*). Están fabricados con grandes losas de piedra viva, cuyas juntas se calafatean con una pasta (*sullaca, sutjaca*) compuesta de estopa cortada muy menudamente, cal viva en polvo y aceite; y miden una profundidad media de doce palmos por una anchura de tres y el largo variable de tres á seis ó siete. El depósito que recibe directamente, por medio de una canal, el aceite de las prensas, es siempre el más largo, y se llama *safaretx d' es triar*, esto es, pozuelo en donde el aceite se aísla del alpechin. Á partir de uno ó dos palmos del fondo se coloca un tubo (*montant*) que se abre, formando codo, en el segundo depósito. Como muy luego se separan el alpechin y el aceite, y aquel se dirige siempre á la parte inferior por su mayor densidad, apenas pasa aceite por el tubo comunicante ó sifon, y en todo caso la corta cantidad que por él sube vá á parar á dicho segundo depósito, llamado *resguard*, resguardo, porque efectiva-

mente resguarda ó precave las pérdidas del preciado caldo que se experimentarían si el alpechin marchase desde luego á derramarse en el campo. El *resguard* tiene también *montant*, y por él sale últimamente el alpechin en dirección á los torrentes, en cuyos lechos se infiltra ó se mezcla con sus aguas.—Generalmente hay tan solo un *safaretx d' estriar*, pero los cosecheros más curiosos tienen dos por si quieren fabricar clases distintas de aceite. Más si la hacienda es pequeña, ó si labra aceituna de labradores pobres, los pozales, ó consisten en simples tinajas empotradas en el suelo (llamadas *ollas*), ó á lo ménos se tienen algunas de estas además de los *safaretxs* ordinarios.

En Cataluña los pocillos (*picas, cubellas, tinells, etc.*,) tienen, como en Mallorca, *montant* ó tubo comunicante, en el lenguaje del país llamado *cantimplora*, nombre que suele extenderse también á todo el pozal. Están situados ordinariamente en la pieza misma del molino, á muy corta distancia de la taza, y miden una profundidad de ocho ó diez palmos, con largo y ancho variables de cuatro, cinco ó seis. Algunos pueblos conservan todavía pozuelos sin sifon, con llave en el fondo para el desagüe del alpechin; y hacen las sangrías á ojo, tomando por norma, no muy exacta, una piedra ó pesa que, suspendida de un cordel, dá la señal de cerrar la llave, para que no salga aceite, apenas empieza á asomar sobre la superficie de este.

Los pozales con sifon, *montant* ó *cantimplora* están introducidos también en Andalucía con la denominación de *bombas*, en número de una, ó de dos que es lo mejor. Por canal vá igualmente á ellas el aceite, pero con la adición de un tamiz que intercepta el paso á las películas, huesecillos, etc., de cierto grosor.

En vez de bombas usan en otros puntos pilas, situadas á distinto nivel, que por medio de caños comunican entre sí, de suerte que cuando el aceite rebosa ó se desborda de una de ellas cae dentro de la siguiente. El *Diccionario de agricultura* de los Sres. Estéban Collantes y Alfaro explica en los siguientes términos este sistema tal cual estaba organizado en el Real Sitio de S. Fernando. «El líquido

que la presión hace caer sobre la taza, pasa por medio de un tubo de hierro á la primera pila y se compone de agua y aceite mezclado. A proporción que la pila se vá llenando, sube el aceite á la superficie, pasa por otro tubo de hierro á la segunda pila mezclado con agua, aunque en menor cantidad que el de la primera; y cuando el aceite que llena también esta segunda llega á la altura del tubo que sube desde el fondo á la superficie, se introduce por él, y vá por una cañería independiente á la sala de clarificación. Esta sala tiene siete grandes pilas de piedra que reciben el aceite turbio y mezclado con algo de agua; interin se vá llenando la primera el aceite deposita la mayor parte del parenquima, mucílago, agua y albúmina coagulada por el agua hirviendo, que le hacen turbio; cuando el líquido llega á la superficie de la pila primera, pasa á la segunda mucho más claro y limpio, y así sucesivamente hasta la séptima; de modo que el contenido en estas dos últimas está perfectamente puro, y en estado de servir á los ocho días de haber sido exprimido. Esta operación se facilita aumentando la temperatura de la pieza de clarificación por medio de una estufa, que debe mantenerla á 28° de calor.—La parte turbia, compuesta de las substancias que hemos indicado, se extrae por la llave de fuente que tiene cada pila en el fondo, dilatándola con agua hirviendo; reunida una cantidad proporcionada de este líquido, se mezcla con el huesecillo, residuo de la presión, y se sujeta á la prensa, añadiéndole de antemano el agua hirviendo necesaria, y el resultado es un aceite claro y limpio, con el mismo color y sabor que el anterior, según que uno ú otro principio de los que le dan predominio en fruto.»

En los molinos franceses hay un pozal para el aceite vírgen ó de primera presión, y otro para el cocido, escalado ó de segunda. Las exigencias del fisco obligan, ú obligaban á lo menos hace algunos años, á tenerlos cerrados bajo llave, y esta en poder de la Administración de Hacienda pública hasta haber medido el aceite y hecho el pago de la contribución de consumos. Á los pozuelos vá el aceite directamente por canales en ciertos pueblos, y en

otros se le recibe primero en cubetas portátiles; considerándose indiferente hacerlo de uno ú otro modo, así bajo el punto de vista económico ó de la mano de obra, como por la cuestion de limpieza.

De los tres sistemas descritos hay uno, el más añejo y primitivo, de simples pozales con llave ó sin ella en el fondo, que no merece consideraciones y debe desterrarse. Los otros dos, bombas y pilas, poco ó nada difieren en valer, si bien las primeras son más cómodas y ocupan ménos espacio que las segundas. Estas, sin embargo, ofrecen alguna ventaja en lo que á facilidad de la limpieza concierne, y más todavía si consisten en cubetas de hierro fundido, segun se han empezado á construir de algunos años á esta parte. Sean bombas ó pilas conviene que lleven siempre en su fondo llaves de fuente para el desagüe completo del alpechin á su debido tiempo, y tambien para la salida expedita de la lejía y agua de lavado.

Como fuere, procúrese disponer del número de cubetas, pilas ó pozales correspondiente á las categorías de aceite, ó suplir el número por medio de la más severa limpieza. Que siempre en las labores de esta clase han de tender los esfuerzos de los cosecheros á impedir mezclas importunas.

JOSÉ MONLAU.

UNA LEY NATURAL.

I.

Las paredes del espacioso gabinete estaban cubiertas por magníficos armarios, que ostentaban, detras de las vidrieras, volúmenes de todos los tamaños y encuadernaciones, instrumentos de física y ejemplares de historia natural. Sobre la rica alfombra formaban semicírculo algunas butacas del más refinado modelo, y en el centro de la habitación se veía una gran mesa, agobiada por el cúmulo de papeles y de libros, que no dejaban más espacio que el indispensable para trabajar una persona; pues hasta la escribanía, ladeada por el empuje de una ola de objetos, parecía zozobrar en el desorden encrespado.

Con la cabeza entre las manos, y los ojos fijos en un papel, meditaba profundamente un hombre. A derecha é izquierda se elevaban montones de libros abiertos, como si en todos se estudiase á la vez un punto determinado. Sobre un grueso volumen descollaba, en marco de caballete, el busto de una mujer. La hermosura, con pedestal de sabiduría, formaba un monumento en que tal vez la casualidad simbolizaba el carácter del dueño de la habitación: la ciencia y el amor; ó más bien, la inteligencia y el corazón cultivados en precioso equilibrio.

Aunque obra maestra de la fotografía, se notaba en el retrato la tenue vaguedad que dejan en el colodium los ojos azules de suave mirada, los cútis de indefinidos sonrosados, los contornos que burlan las sombras, como si la fuerza de los cristales más poderosos y de los más activos ingredientes de la química no alcanzase á fijar los rostros diáfanos.

Daniel alzó la cabeza para fijarse en aquella imagen que precisamente había de distraerle en su estudio. Por buena

que fuese aquella jóven, ejercía el diabólico ministerio de estorbar. La mirada fué de impaciencia al pronto, pero de éxtasis despues, en la inmovilidad de la contemplacion.

Daniel aparentaba unos treinta años, edad en que ya podía ser sabio, y podía ser aún amante; en que el fuego de la juventud caldeaba la inteligencia y el corazon; y en que el frío de la experiencia y de los desengaños no entibiaba el calor que se evapora con el tiempo, como si el barro del hombre fuese enfriándose gradualmente desde que se aparta de la lumbre que fundió el espíritu y la materia en una soldadura inconcebible.

La fisonomía de Daniel en la abstraccion, revelaba las impresiones, como si el paño del cútis dejase ver por transparencia la legion de ensueños que cruzaban sin detenerse, ejércitos de esperanzas que desfilan con los trajes vistosos de unos soldados á quienes aún no aja el polvo ni el cansancio, el humo ni la sangre.

Fijos los ojos en el retrato, hervían en Daniel juntos sentimientos é ideas, que no se completaban; estrofas truncadas del primer canto de un poema del primer amor.

El estudio había comprimido en Daniel la expansion, retrasando la hora; y la ciencia le mantuvo siempre limpia la atmósfera del corazon; de modo que aquel amor ardía en un puro ambiente de oxígeno.

Quien haya mirado la campiña por una vidriera de colores, al traves de un cristal amarillo; y haya visto las montañas y las rocas doradas, las palmeras y el olivo dorados, y, á lo lejos, el mar sin límites dorado; y todo sumergido en una luz fluído de oro; puede casi comprender cómo veía Daniel el porvenir por el cristal de amor. Veía una larga existencia embellecida por el amor, que es la atraccien entre dos almas desconocidas, que al encontrarse sienten un sacudimiento parecido á la exclamacion—¡Es ella!—¡Es él! y continúan amándose con ese amor que no tuvo principio y no ha de tener fin. Y veía despues á los dos seres que se encontraron y reconocieron seguir unidos, sosten el uno del otro en las fatigas de la marcha, y que enseñaban juntos la senda de la vida á los hijos, renuevos de la exis-

tencia, en quienes parece que se comunica para crecer la savia que los padres pierden en el decaimiento, como testimonio de que los unos se perpetúan en los otros, y de que ámbos son fases de unos mismos en la inmortalidad del amor. Y, allá, á lo lejos, veía á aquellos dos seres, que en la última cuesta se acercaban más el uno al otro, como si los acercase más la fraternidad del comun dolor, la proximidad de la última separacion, y el miedo de la última jornada. Y saboreaba la tristeza y amargura de esta vision, para saborear hasta el fin los consuelos del amor, que en sus transformaciones, al nacer quema, despues da calor, y alumbra cuando flota en las cenizas.

Viviendo en el dilatado porvenir, al que la imaginacion añadía más flores, y á las flores matices y perfumes; Daniel parecía sin vida, como si el cuerpo hubiese quedado solo por haberse adelantado en la carrera el espíritu impaciente y volador. El cuerpo se inclinó un poco hacia el iman del amor, y un grueso volumen, empujado insensiblemente en el extremo equilibrio de su base en vago, cayó al suelo con ruido estrepitoso,

Daniel volvió en sí con el estremecimiento del susto, recogió el libro; y fijando la vista en el retrato, lo volvió de espalda para que no le distrajese. Repuso en la conveniente posicion el papel que tenía delante, y escribió lo que sigue:

«Todo lo que es cantidad está sujeto al cálculo: la vida
»de cada hombre es cantidad, y tiene que estar sometida al
»cálculo. La duracion de la vida de cada persona es X.

»Los agentes vitales son tres:

»La fuerza de la circulacion de la sangre, en cada individuo, que designaré con la letra a;

»La fuerza muscular que indico con la letra b;

»La temperatura de la persona, letra c.

»Las fuerzas activas forman los términos $a + b + c$.

»De aquí debemos deducir la potencia de los corrosivos
»de la vida, que son: la sensibilidad, letra s, y el pensamiento, letra p. Resulta que la fórmula algebraica de la
»vida será

$$a + b + c - s + p = x.$$

»Para resolver el problema es necesario dar valor á
»cada letra.

»He inventado un instrumento que me indica á la vez la
»potencia de la circulacion y la temperatura, y lo he gra-
»duado poniendo el 1 en el sitio que señaló la aguja sobre
»un niño que vivió un día, y el 2 en el punto que marcó otro
»que vivió dos días, con lo cual tengo la unidad de la escala.

»Me es facil conocer la fuerza muscular, y obtengo la
»sensibilidad por otro instrumento que gradúa la de los
»latidos del corazon. El diámetro de las venas de las sienes
»me da la fuerza intelectual.

»Teniendo el valor de cada uno de los términos de la
»fórmula, sólo me falta comprobarla por la esperiencia.
»Para ello me he fijado en un jóven, cuya fisonomía hace
»temer un próximo fin, y en un anciano de aspecto robusto.
»Resueltos los problemas de ambos varias veces en distin-
»tas fechas, obtengo el mismo resultado. Siempre quedan
»con tantos días y horas ménos de vida, cuántos han me-
»diado de observacion á observacion. Este hecho impor-
»tante me permite creer en la exactitud de la fórmula y de
»los valores que me dan los instrumentos; pero no quedará
»comprobado todo hasta la muerte de los dos sujetos: en
»1.º de Mayo á la 1 y 15 minutos de la tarde, la del uno; y
»en 15 del mismo mes, á las 10 y 10 minutos de la mañana,
»la del otro. Me faltan 27 días de impaciencia para salir
»completamente de dudas. Si viviesen 15 minutos más de
»lo que me resulta, mi fórmula sería errónea...; pero no
»puede ser: morirán en el instante señalado.»

Daniel encerró el papel en una gabeta, cuya llave se puso en el bolsillo, y salió de la habitacion.

II.

Una hora más tarde, estaba Daniel junto á su amada.

La suavidad de contornos, de facciones, de color de aquella mujer; con el reflejo dulcísimo de la pupila azul, formaban, en un conjunto armónico, indescriptible, la ex-

presion de la ternura inagotable. Daniel la contemplaba con la mirada con que se mira al cielo.

—Martina, en un momento que te mire, descanso de doce horas de estudio.

—Pues mírame. Te he pedido que no te entregues al trabajo con tanta asiduidad, y no me complaces: es una ingratitude.

Los ojos de la jóven se empañaron con una fugaz tristeza; pero, reanimando la alegría de su rostro, dijo:

—No me escuches. Las mujeres somos locas, y afligimos á los que nos aman. No quiero contrariar tus inclinaciones, y como dices que descansas mirándome, no siento que te fatigues.

La sonrisa con que Martina pronunció esas palabras fué el azahar del amor, la pimienta de la divina picardía, las blondas del coquetismo gala inocente en el lujo del amor.

Daniel juntó las manos como para una plegaria.

—¡Martina, soy el hombre más feliz de la tierra!

Los ojos de la jóven tenían el mismo azul que el mar en una mañana pura, rizado por la brisa bajo un sol esplendente.

—Toma. Dijo Martina arrojándole casi con fuerza un capullo arrancado de las ondas de su cabello.

Daniel se lo llevó á los labios sin oprimirlo. Era el casto y aromático beso que se daban dos almas por el capullo de una rosa, invencion del genio de la ternura y la pureza.

Quedaron un momento silenciosos, como sucede siempre que las palabras, invencion del raciocinio, no pueden expresar los sentimientos.

Los dos amantes miraban por el balcon al espacio, ansiosos de dilatarse sus espíritus ávidos de luz. Daniel exclamó sin saber por qué:

—¡Cómo brillan las arboledas! ¡Que hermoso es el mundo!

—Cuando lo miran juntos dos que se aman.

—Nunca nos separaremos, Martina. Yo no viviría sin ti.

—Ni yo sin ti. Nos queremos desde la infancia.

—Y nos quereremos lomismo en la vejez.

—El que ama no puede encontrar la vida triste.

—Nunca.

—Y á ti no te basta el amor. Dijo la jóven con un acento de reconvencion tan dulce como el más dulcísimo halago.

—Me parece que tienes celos de la ciencia.

—No; pero ambicionas la sabiduría, y toda ambicion es un roedor. Yo quiero verte feliz.

—Martina, la cabeza tiene su destino como el corazon. El hombre nació para amar y pensar. Yo te amo infinitamente; pero cumplo tambien con la ley del pensamiento que se nos ha dado para perfeccionarnos progresivamente. La sabiduría es el agua que refresca la sed del espíritu.

—La sabiduría es la ternura. Dijo la jóven con la mayor sencillez.

—Como tú piensas con el corazon, no comprendes el ansia de conocer todas las leyes y misterios de la naturaleza.

—Comprendo que con ese afan no puedes ser dichoso, porque nunca lo saciarás. La felicidad es el amor, que no se agota.

—La felicidad es el colmo de todos los deseos puros del alma. Tú no sabes cuánto placer produce el descubrimiento de los arcanos del orbe. Creo que he sorprendido la ley más oculta de la creacion.

—¿Qué ley?

—Nada: cosas que no interesan al amor.

—Pero te interesan á ti, y quiero saberlas.

—¿Ves como sois curiosas las mujeres?

—Dímelo, Daniel. Si no, me harás estar inquieta. No dormiré.

—Hablemos del porvenir que nos espera.

—¡No quieres decírmelo!

El acento de Martina revelaba tan honda amargura, que Daniel se apresuró á contestarle.

—No quería revelártelo por no affigirte.

—Pues ¿qué es? Necesito saberlo.

—Tranquilízate. Es una investigacion centífica, el mayor triunfo de la razon, y el paso más grande que ha dado la humanidad. He descubierto la fórmula de la vida.

—No lo entiendo.

—Una fórmula por la cual se sabe el tiempo que ha de vivir cada persona, y el día de su muerte.

—¿Estás loco?

—Lo mismo ha dicho siempre el mundo de todos los que han anunciado una idea nueva.

—Dios no puede permitir que sepamos con anticipación el día de nuestra muerte.

—Nada hay vedado al hombre, que marcha sin detenerse en la senda de la perfección. Yo te aseguro que lo he descubierto. Es la primera vez que pones en duda mis palabras.

Martina palideció por instantes.

—¿Será verdad? Pero si tú me lo dices, lo será.

—He hecho en diferentes días, la cuenta de la vida de varias personas, y siempre me resulta lo mismo. Ahora me falta ver si se mueren á la hora marcada.

—Tal vez te equivoques. Ese descubrimiento sería horrible.

—También lo han sido las hecatómbes por que ha pasado la humanidad para depurarse y aprender. El día en que los hombres sepan la hora de su muerte, habrán descubierto la ley más importante de la naturaleza.

—¡Y sabrán el momento en que concluyen todos los amores y todas las ternuras, en que se alejan de los seres queridos! ¡Daniel, no lo descubras!

Martina temblaba.

—¿No ves que hay una fuerza que empuja al hombre en su destino de pensar?

—Envenenarás á toda la humanidad.

—Una chispa en el entendimiento es una lumbre que crece sin apagarse nunca: crece, crece hasta que rompe en luz, ó consume en cenizas el cerebro.

—Pues yo no quiero saber si he de sobrevivirte: no me lo digas. Dime sólo si me has de sobrevivir: será ménos cruel; pero no, tampoco: no quiero saberlo.

—Tienes razón, Martina, ¡es horrible!

—¿Lo ves, lo ves?

La jóven estrechaba las manos de su prometido, y en las facciones desencajadas, humedecidas por lágrimas silenciosas, concentraba una terrible expresion de amor, flotante en la palidez de la muerte.

Daniel manifestó en su semblante la impresion instantánea del que pierde el equilibrio al borde de una sima. Despues se repuso y exclamó:

—Es tarde. Si sabemos que nuestro fin es la muerte, ¿que nos importa saber el día? Si adivinamos el fin de una persona amada, ¿qué diferencia hay entre llorar el día ántes, ó el día despues?

Daniel hablaba con exaltacion, como si hirviesen los pensamientos en la cabeza por el fuego de la fiebre, y continuó:

—Cada hombre medirá el plazo de sus planes, y entregará á sus sucesores tranquilamente sus empresas. La muerte no romperá nuestros esfuerzos, ni tragará secretos preciosos. La sucesion de las generaciones, regulada por la fórmula de la vida, será la mayor perfeccion en la marcha de la humanidad.

—¿Y las esperanzas?

—Lomismo; todo queda lomismo, sino dentro de un círculo limitado, más al alcance, más cerca de nuestros ojos y de nuestras manos. Todo se estrechará; pero nosotros nos replegaremos tambien, como quien se reduce al envolverse en la capa.

—No seremos felices, Daniel.

—Te equivocas.

—¡Me lo anuncia el corazon!

—A todo se acostumbra el hombre. Nuestro amor no se ha de entibiar por nada. Pasaremos juntos la vida: siempre juntos. Mientras yo profundice en mi gabinete los secretos de las ciencias, tú estarás allí, tejiendo detras de las vidrieras esos encajes espuma de tus manos.

—Yo estaré donde quieras.

Cambiaron frases de amor que no pueden repetirse, porque separadas del acento que les dá vibracion, de la mirada que les añade ternura, del semblante que les refleja

luz, son flores en agua, que no es la savia que dá lozania y aromas

Los dos amantes se despidieron con más cariño que otras veces.

III.

Martina, abandonada su labor, tenía apoyada la sien en el cristal, para tender la vista por toda la calle. La angustia crecía en el corazón de la jóven, como si le añadiese una gota cada individuo que pasaba. Ninguno de los que volvían la esquina era Daniel, á quien esperaba con los labios entreabiertos; no para recibirle con una queja, sino para dejar espacio á la respiracion apresurada por los látidos; para hacer el movimiento de pronunciar las palabras que los pensamientos agolpaban á la boca.

—Dios mío, no viene, y los dos han muerto á la hora prevista. ¡Estará resolviendo el problema de sí mismo! Si su vida fuese larga, ya hubiera corrido á participármelo.

La jóven cerró los ojos, y, en la reaccion del deseo, repitió:

—Tal vez se retrasa por otro motivo: puede ser que no esté bueno.

Martina dió un leve grito, y se fué hacia la puerta, por donde entraba á los pocos momentos Daniel, inmutado como nunca le había visto su amada, que le preguntó con ademán de súplica y acento precipitado:

—¿Qué tienes?

—Nada.

—No es verdad. Sabes que nos entendemos sin hablar. Siéntate: vacilas: no puedes sostenerte.

Daniel andaba como quien ha perdido la sensibilidad de los piés y las rodillas, como quien duda si tiene piernas, ó si hay suelo. A los pocos pasos se dejó caer en un sillón, desplomándose, y fijó en Martina una mirada indescriptible, reflejo de la ternura infinita, y de la extrema desesperacion, con un destello fugaz de odio, y chispas de todas

las pasiones, como chispea un fuego al ser apagado por el agua. Por un esfuerzo extraordinario procuraba aparentar tranquilidad; pero no hay fuerzas en el hombre, ni se inventaría máquina de suficiente potencia, para mantener en tension músculos que se contraen retorciéndose con el poder de una cuerda de cáñamo humedecida. Daniel sólo conseguía la inmovilidad, procurando fingir la tranquilidad. Se puede engañar á la inteligencia; pero al amor, á su profunda perspicacia, que mira con ojos de doble vista, no es posible extraviarla con palabras engañosas y sonrisas artificiales.

Martina tocaba la realidad, y si se sostenía en pié, era por la ilusion de ausiliar á su amante; y porque las heridas del alma, como otras muchas del cuerpo, no rinden hasta que se enfrían.

Daniel agotaba la resistencia, y su cuerpo y su espíritu languidecían más por la lucha, siempre ineficaz para comprimir los grandes sentimientos, y para evitar las explosiones del corazon hecho pedazos.

Los dos amantes se miraban en silencio, como si Martina no se atreviese á preguntar, falta de valor para oír lo que ya sabía y pugnaba por dudar.

Daniel iba rindiéndose á preguntas no formuladas, al cansancio de sufrir solo, á ese impulso interior, sin nombre, que nos arranca en las grandes crisis el grito de «¡Socorro!» y exclamó:

—¡Es verdad, Martina!

—Pero ¿qué resulta?

—Tres cientos días y seis horas.

La jóven cayó de rodillas junto á su amante, y sacudiéndole un brazo inerte, gritaba:

—¿Qué dices, qué dices?

—No lo has entendido aún, ¿y me quieres?

—Te quiero más que nunca. No puede ser, Daniel: eres jóven y hermoso.

—He descubierto esa ley maldita: está comprobada. Moriré; pero todos los hombres sabrán como yo el minuto de su fin, y tendré tiempo de ver cómo se retuercen.

Martina sintió el golpe que desvanecía la última duda, y rompió en llanto y en sollozos. Daniel con voz profunda continuó:

—Llora. Tendrás mucho tiempo para llorar, porque tu vida será muy larga. Anoche me introduje como un criminal en tu alcoba, y puse en tu corazón el termómetro de la vida, y morirás de vejez. La vida te será un tormento, porque me llorarás toda la vida. ¿No es verdad que preferirías morir conmigo? ¿No es verdad que la vida sin amor, sin alegría es un torcedor?

La jóven no podía contestar más que con sollozos. La revelacion de que viviría muchos años no mitigó su dolor, porque no pensaba en ella.

—Pero enjúgate los ojos. Si has de llorar siempre á mi lado....

Martina se reprimió con un esfuerzo prodigioso del cariño, y fijó en su amante una mirada, raudal de ternura que fluía á oleadas, como los rios al desbordarse.

—Mírame siempre así: me haces mucho bien. Martina miraba á Daniel concentrando toda su alma en la pupila.

—No digas á nadie cuando he de morir: me mirarian como un muerto que anda: tal vez no quisieran tocarme.

La jóven tomó las manos de su amante, y se las oprimía contra la boca, contra los ojos, con movimientos convulsivos.

—Basta. Me causa mucho daño ver el dolor que mi muerte produce. ¡Soy el primer hombre que ve el desconsuelo por su muerte! Es un alivio, Martina. Gracias por tu llanto, que suaviza la desesperacion. Pero tú, ¡cuánto tiempo tendrás para llorarme!

—No puedo sobrevivirte.

—Sí, y llegará á mitigarse tu dolor, porque los años amortiguan los recuerdos; pero siempre tendrás lágrimas para mí, porque las lágrimas nunca se agotan. Suspende el llanto: hablemos de nosotros. Tú me quieres como ántes, y aún le queda porvenir á nuestro amor: casi un año.

Daniel se estremeció. El color de la fiebre invadía la palidez del rostro, y las palabras se precipitaban como impelidas por el delirio.

—Nos queda aún porvenir. ¿No ves que los ancianos hablan del porvenir? Nos acostumbraremos á esa idea: á todo se acostumbra la humanidad. El horizonte de las esperanzas se estrecha, y nada más. Aún podremos decirnos: «Siempre te amaré.» Vendrá el verano, y pasaremos juntos las veladas entre las calles de lilas, y la noche refrescará esta sien que arde; y despues, en el otoño, yo te cogeré del árbol las frutas que son tu delicia, y me dejarás, para mitigar la sed, comer una naranja que tenga mucho jugo. En el invierno, cuando empiecen los frios, tú y yo avivaremos la llama de la chimenea añadiendo troncos, y luégo..... Estudiaré mucho en los momentos que no esté á tu lado.

Las manos de Martina, que sostenian en los ojos el pañuelo, se separaron, y la jóven cayó desmayada.

IV.

En la chimenea, la llama sacudía sus puntas como látigos, único ruido que turbaba el silencio de la habitacion. En un lado, Daniel, con los piés casi en el fuego, pálido por la consumcion, miraba arder la madera. La expresion de aquel hombre que se desmoronaba, era imponente por la tranquilidad en contraste con el decaimiento.

A corta distancia, y á la luz de un quinqué, bordaba Martina. Sobre la mesa se veían, además de los útiles de labor, unos instrumentos parecidos á termómetros y unos papeles. Despues de un largo silencio, Daniel, volviéndose hácia Martina, dijo:

—¡Qué largas son las horas!

—No has querido volver á trabajar, tú, tan afanoso en el estudio.

—¿Para qué?

—No piensas más que en ese plazo....

—Que se aproxima.

—Debes animarte: puede ser que te equivoques.

—Diez meses atrás no me hubieras dado ese consuelo tan frio, con los ojos tan enjutos.

—Eres cruel. Te figuras que ha disminuido mi amor.

—Martina, te has acostumbrado á la idea de mi muerte.

—No lo creas. ¿Ves? lloro.

La jóven se enjugó una lágrima.

—Lloraste á rios, y ahora sólo acude á tus párpados una lágrima. Es la última gota de ternura.

—Te juro que no; te quiero como ántes.

—No te acuso: obedeces á una ley natural. Dame aquellos instrumentos.

Martina le dió los termómetros, que Daniel arrojó á la lumbre con un resto de anergía.

—Dame los papeles.

Pronto la llama devoró el escrito, haciendo volar las pavesas.

—Ahora, Martina, siéntate, y escribe mis últimos pensamientos, que harás publicar en la Revista de Ambos Mundos.

La jóven, con los ojos humedecidos, escribió lo siguiente, dictado por Daniel:

«Impelido por el afan sediento de saber, quise descubrir »la ley más oculta de la naturaleza, para llegar á la extrema sabiduría, y lo he conseguido.

»Descubrí la fórmula algebráica por la cual pude conocer la duracion de la vida en cada hombre.

»Desde que supe la hora de mi fin, no he pensado más »que en contar minutos. Desde que mi amada supo el día »de mi muerte, fué acostumbrándose á ella, y ya no llora. »La máxima sabiduría mata la inteligencia, y hiela el corazón. Esta es la ley natural que he descubierto, y que entrego al mundo. He quemado la fórmula algebráica de la »vida.»

FRATES.

TOMAR POSESION DEL REINO DE MALLORCA

POR EL REY D. FELIPE III.

Figúrasenos que de la rastrera y minuciosa relacion que vamos á dar a luz, no debe de existir otro ejemplar fuera del original que hemos visto, y que en su pristina forma de ningun modo es acreedor á los honores de la estampa. Necesitábase una dósis mas que regular de aficion á este género de estudios, y ser ademas muy poco remilgados y quisquillosos en materias de gusto literario, para acometer la empresa de transcribirla al pié de la letra. Escasas eran sin duda las de su autor, quien estaba tal vez en la creencia de que la pluma es un instrumento de fácil manejo, y que entre el mallorquin y el castellano todas las diferencias se reducen á la terminacion de los vocablos. Bajo este supuesto no debe extrañarse la incorrecta, embarazosa y nada castiza redaccion de tal documento, ni los innumerables idiotismos de que está plagado. (*)

Pero aun así prestó su autor un buen servicio á la historia local, é hizo que nosotros le debiéramos algo de gratitud por su atrevimiento. Su tentativa fué mas desdichada que inútil. Escribiendo en mal castellano pocos años despues que el Dr. D. Juan Binimelis había redactado su voluminosa *Historia* en nuestro dialecto, y siendo todavía este el que se empleaba en documentos oficiales, nos dejó un dato suficiente para inferir que en aquella época empezaba

(*) Para muestra de su estilo basta y sobra el siguiente párrafo copiado literalmente: El otro siguiente dia de 22 de dez.^e los dichos quatro embaxadores con su aparato de Cauillos pages y criados allegaron el dicho portopin donde dieron la dicha Embajada el dicho Sr. Conde por parte de dicho, Reyno y Jurados del, los quales con el dicho Sr. conde delda se embarcaron en un barco y vinieron apoco apoco y allegaron en el puerto y muelle desta dicha ciudad donde se hizo el Recibimiento de fiestas y señal de Alegria que en semejante efecto se suele hazer, disparando etc.

á ser conocido y vulgarizado entre nuestros conciudadanos el sonoro idioma de Castilla. El autor no hubiera intentado una innovacion tan superior á sus fuerzas para contentarse con un escasísimo número de lectores. Trátase ademas de un hecho histórico, que si no es de suyo muy interesante, llega á serlo por la minuciosidad con que se describe, por las ideas de antiguas costumbres que despierta, por la importancia que da a las leyes de la etiqueta, y sobre todo por los tres siglos de fecha que casi ya lleva. Creimos por lo mismo que este documento, algun tanto escardado y corregido, aunque no de tal manera que se le hiciese perder su carácter primitivo, podria tener cabida en el MUSEO BALEAR, como todo lo que tienda á esclarecer ó añadir nuevos datos á la historia política, eclesiástica ó literaria de nuestro pais.

TOMÁS AGUILÓ.

Sepan cuantos esta carta de fe vieren como por fallecimiento de la S. C. R. Magestad del invictísimo señor nuestro D. Philipe, segundo de este nombre, rey de las Españas, etc., en 15 del próximo pasado mes de setiembre de 1598, sucedióle como heredero universal su hijo D. Phelipe tercero, á quien Dios rija y conserve longitud de años para bien de la cristiandad. Amen.

El cual, para tomar posesion de este su reino de Mallorca, Menorca é Iviza, embió al Ilmo. Sr. D. Antonio Coloma, conde de Elda, señor de la baronía de Petrel, alcayde del castillo de la ciudad de Alicante, visorey y capitan general por S. M. en el reyno de Cerdeña, y su procurador especial para este efecto. Llegó dicho señor el 21 de diciembre en una nave que surgió en el puerto de Portopí, y allí fué á verle el mismo dia el Ilmo. Sr. D. Ferrando Zañoguera, virey y capitan general de Mallorca.

Por la tarde, entendiendo los magníficos Jurados su llegada, para corresponder al cargo á que venia, embiaronle una embajada de parte de todo el reyno con los Sres. Albertin Dameto y Antonio Gual, caballeros, Jayme Antonio Serralta y Francisco Mas, ciudadanos, personas honorifi-

centísimas, ilustres y patricias, y como hiciese noche de oscurísimas tinieblas, y el lugar fuese escabroso, estrecho y poco pateado para los caballos en que iban, y no pudiesen llevar encendidas muchedumbre de hachas á causa del recio viento, el conde de Elda, habiéndolo entendido desde la torre del señal donde estaba, les mandó su secretario para que sus mercedes se volviesen á la ciudad, que él tenia por recibida la embajada, y ellos así lo hicieron.

El siguiente dia los mismos cuatro embajadores, con su aparato de caballos, pages y criados, llegaron á Portopí, dieron su embajada al Conde y con él se embarcaron y vinieron al puerto y muelle de esta ciudad, donde se les hizo el recibimiento de fiestas y señal de alegría que en semejante efecto se suele hacer, disparando todas sus piezas la artillería de los baluartes, castillos y fuertes, y los mosquetes y arcabucería que por toda la muralla, torreones y puestos estaba por orden repartida. Las cajas y atabales, trompetas, clarines y ministriles todos tocaban y tañian, de modo que al ruido de los tiros retumbaban los montes y tierras, por la grande oscuridad del humo de la pólvora estaba tenebroso el aire, y con tanto estruendo parecia hundirse el mundo.

Recibidos de esta suerte en el muelle por el Virrey, magníficos Jurados y oficiales reales y universales, con el luto que llevaban por S. M., los dos Jurados mayores tomaron al Conde en medio y á mano izquierda del Virrey, y acompañáronle todos hasta la casa del Sr. Jorge Sureda, caballero, sita en el Borne, donde fué acogido y se le dió posada por parte de la universidad, muy bien aderezada, entoldada y guarnecida de rica tapicería, finos paños, camas y demás que tal persona requería. En su seguimiento iba muchedumbre de caballeros, hidalgos, ciudadanos, ilustres personas y toda manera de gente, no cesando el bullicio de trompetas, clarines y ministriles, y la infantería, con sus cajas y banderas dispuesta por las calles y plazas, salía con muy ricas salvas de escaramuza hasta que á dicha casa hubo subido.

El dia 30 del mismo mes de diciembre del año del naci-

miento de Cristo Señor Nuestro 1599 (*), suspendido por mandato presidal y público pregon el luto que se llevaba por S. M., y hecho fiesta solemne y de guardar por razon del auto que habia de celebrarse, de mañana á dos horas del dia en esta tierra, los magníficos Jurados, vestidos con sus gramallas de fina grana, guarnecidas de terciopelo, partieron de la sala y casa de la Universidad, (que entónces la tenían en la del caballero D. Jayme Rossiñol, calle de San Francisco,) acompañados de los oficiales universales, y de gran concurso y tropel de caballeros, ciudadanos, mercaderes, notarios y otros estamentos, muy ricamente vestidos y aderezados con sus plumas, penachos, medallas y cadenas de oro en el cuello, con sus *enteros* de seda y calzas labradas de perlas y pedrería y franjas de oro á lo largo, con sus capas de raja de Florencia y de fino paño de Segovia, con sus diamantes, rubíes y esmeraldas en los dedos. Andando poco á poco, con sus trompetas delante, con sus mazas, porteros y ministros se dirijieron á la puerta del Castillo real, y antes de llegar les alcanzaron los síndicos clavarios de la parte foránea, que se pusieron detrás de todos los oficiales universales que son los cónsules, almotacen, ejecutor y clavarios.

Tomaron allí al Virrey, como es de costumbre, con los oficiales reales, y juntos se fueron á las casas del Borne donde estaba el conde de Elda. Colocado este á la izquierda del Virrey y en medio de los dos Jurados mayores, yendo cuatro á la par, seguian el regente la cancillería, y otro Jurado, el bayle y otro Jurado, el veguer y otro Jurado, el procurador real y otro Jurado, despues los oficiales universales por su órden como en los dias de tabla, y tras de ellos los síndicos de la parte foránea con sas gramallas de paño leonado y tafetan negro. Así precedidos de su música y trompetas se dirigieron á la Santa Iglesia Catedral, cuyas campanas resonaban con grande y sonoro ruido.

Háse de advertir primero que ante el coro de dicha igle-

(*) Adviértase que segun el actual modo de contar aun corria el año 1598.

sia mayor, y llegando al púlpito pequeño de piedra, se habia construido un espacioso tablado, alto de cuatro palmos, cuyo suelo estaba cubierto de estameña colorada y amarilla. Pendientes del corredor del mismo coro veíanse paños iguales significando las barras de Aragon, y en medio un dosel de terciopelo colorado, con sus bandas colgantes de terciopelo verde guarnecido de oro. Veíase tambien una silla de lustroso nogal con su respaldar y asiento del mismo terciopelo colorado, con franjas de hilo de oro y clavos dorados, y ante ella un bufeton cubierto de tafetan carmesí, rodeado de terciopelo verde de mas de un palmo y guarnecido de trencilla de hilo de oro que muy bien parecia. A la mano derecha, casi junto á los escalones por donde se subia al tablado, habia una silla comun de baqueta y nada mas.

Entraron en la iglesia, subió primeramente el Conde á su puesto bajo el dosel, arrodillóse en una almohada de terciopelo guarnecido de trencilla de oro con flecos y cordones de seda, y despues de una breve oracion tomó asiento en su silla. A la otra, desnuda de aparato, se dirigió el virrey, y hecho el debido acatamiento al Conde, se arrodilló, hizo sn oracion y luego tomó en ella asiento despues de haber repetido su cortesía: porque en todo el discurso de este solemne acto nunca se levantaba ni sentaba sin hacer reverencia al Conde con su gorra en la mano, y el Conde sin quitarse la suya se la volvia con una inclinacion de cabeza.

A mano derecha saliendo del coro habia bancos desnudos y sin respaldar para los caballeros, ciudadanos y personas de otros estamentos, y delante un banco tambien sin respaldar cubierto de paño verde, donde tomaron asiento por su órden, el Jurado militar Antonio Gual, el Regente Miguel Mayor, el Jurado mayor de ciudadanos Pedro Cabrer, el procurador real Pedro de Pax, despues los otros Jurados y ultimamente los síndicos clavaros de la parte foránea.

A mano izquierda sentaronse en otro banco igual el veguer ó su lugar teniente Pablo Sureda, el veguer de fuera Nicolás Berga, el *mostassaf*, luego el consul mayor ciuda-

dano, Berenguer Vida, el Ejecutor, Guillermo Callar, el otro consul de la mar, menor de mercaderes Ponce Homar y despues los clavarios de la Universidad. Tras de este banco habia otros desnudos para caballeros y gente de otros estamentos, no embargante que estuviesen llenos de gente otros bancos con respaldares á lo largo de las paredes de la capilla real, como suelen estarlo otros dias.

Oyóse la misa solemne de los SS. canónigos Garau y Verí, con muy rica, sonora y delicada música de voces, y muy lucido concierto de órgano, ministriles, villancicos y motetes. El diácono, cantado el evangelio, con sus reverencias y acatamiento, puso una rodilla sobre la almohada, y dió á besar el misal al Conde, y no al virrey ni al obispo. Levantóse y haciéndose dos pasos atrás volvió á saludarle, y lo mismo sucedió al darle paz.

Acabada la misa comenzó á salir de la Seo una solemne procesion cantando el *Te-Deum*. Primeramente iban los oficios unos tras otros con sus lumbres, gallardetes y pendones de seda y brocado, y pasando inclinábanse primero al altar mayor y despues al Conde: seguian las cruces de la catedral y de las parroquias con sus candeleros y banderas, los frailes de todos los monasterios de esta ciudad por su órden, los clérigos, beneficiados, teólogos, canónigos y dignidades con sus capas de brocado, los SS. Garau y Verí con sus asistentes y reliquias en sus manos, y tras de ellos el Ilmo. Sr. D. Juan Vich y Manrique, obispo de esta diócesis. Bajó primero del tablado el Conde, siguió el el virrey que se puso á su izquierda, y tomándoles en medio los dos Jurados mayores, siguieron los demás en la procesion, la cual dió la vuelta que dicen del Angel.

Háse de advertir que la primera vez al entrar en la catedral iba el virrey á la derecha, y dos maceros ó porteros de los Jurados, tomando agua bendita en unos vasos de plata la dieron al virrey y al Jurado mayor; pero al salir y volver la procesion llevaba la derecha el Conde y los porteros le dieron el agua bendita y despues al Jurado mayor. Entrada la procesion subió primero el Conde al tablado y luego el virrey repitiendo sus reverencias, y acabada la

salve y oraciones, el obispo desde el altar mayor dió la bendición episcopal sin bonete en la cabeza, aunque dándola otras veces lo tiene puesto.

Púsose el Conde en pié, y queriendo bajar del tablado hizo cortesía al virrey para que pasase adelante; más este no lo consintió sino que bajó primero el Conde y dando la derecha al virrey se colocó entre los dos Jurados mayores. De esta suerte le acompañaron todos hasta su casa en el Borne, y volviendo los Jurados con el virrey le dejaron á la puerta del castillo real con los demás oficiales reales, y ellos se dirigieron á la Sala, con sus trompetas delante y el mismo tropel y concurso de caballeros.

(Se continuará.)

JUGAR CON FUEGO.

I.

Niña de los quince abrilés,
Que la vida entera pasas
Jugando con los amantes
Que se rinden á tus plantas;
Mira que juegas con fuego,
No te acerques á la llama,
Que la llama, niña, quema
Y luego vienen las ascuas,
Tras las ascuas la ceniza
Y tras la ceniza..... nada.

Si Dios te hizo el don preciado
De aquesta preciosa cara
Y se dignó concederte
Esta, y otras y otras gracias,
Nunca te engrias por ello,
Y ten presente, cuitada,
Que la hermosura del cuerpo
Apénas nacida pasa,
Y que solo sobreviven
Las buenas dotes del alma.
La hermosura y gentileza,
La tez fresca y nacarada,
Son, niña, flores de un dia
Que el huracan arrebatá,
Y solo en su paso dejan
Tristes recuerdos al alma.
El orgullo y vanidad,
El desprecio y la arrogancia,
Prendas son de baja estofa
Y á la par tan refractarias,
Que á nadie atraen ni fijan;

Y la que las tiene y guarda,
 Corre el riesgo, que, en un día,
 A la corta ó á la larga,
 De los mismos despreciados
 Llegue á verse despreciada.
 Mira que yo he visto á muchas,
 Con sin igual arrogancia
 Exclamar—de quince á veinte
 El que me diere la gana;
 Mas allá aun elegiré,
 Y, á la postre, nunca falta
 Para un descosido un roto
 Y novios para muchachas.—
 Y llegar al fin un día
 Que, depuesta su arrogancia,
 Han tenido que humillarse,
 Y aun muchas quedarse para
 Vestir imágenes como
 Dice la gente beata;
 Lo que quiere decir, hija,
 En el habla castellana,
 Que aunque de noventa mueran
 Se las entierra con palma.
 Por eso se te aconseja,
 Al mirar veleidad tanta:
*Mira que juegas con fuego,
 No te acerques á la llama,
 Que la llama, niña, quema
 Y luego vienen las ascuas,
 Tras las ascuas la ceniza,
 Y tras la ceniza..... nada.*

II.

Han pasado algunos años;
 Y ya del jamon tocaya,
 La que fué de quince abriles

Está leyendo unas cartas,
 De sus amantes burlados,
 La ya de todos burlada.
 Las epistolas que hoy lee
 Y que, solícita, aun guarda,
 Son un fragmento de historia,
 Historia dura y amarga
 De las niñas beleidosas,
 Y premio de su inconstancia,
 Como lo verás, lector,
 Por la copia, que es exacta.

—Querida del alma mia:
 Por tí me elevo al Parnaso;
 Por tí me inspira Talía,
 Y bebo en Torcuato Taso,
 En Melendez y en Megía.

Tú mi fuente de Helicon,
 Tú mi templo de las Musas,
 Harás que, fiero Pomona
 Me sepulte entre una lona
 Si mi puro amor rehusas.

Ante tu mirar me atranco,
 Ante tu beldad me inclino,
 Y entre celoso y mohino,
 Se repite fino y franco
 Tuyo tu fiel

Coradino.



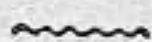
Señora: En vuestra presencia
 Os dije mis opiniones,
 Y en buena jurisprudencia
 Os entablé mis acciones
 Como aconseja la ciencia.

Pero vos al responder
 Mis demandas amatorias,
 Cambiando de parecer,

No haceis mas que proponer
Escepciones dilatorias.

Mas..... dueña y señora mia,
Esto ha de tener un fin;
Y ya como último dia,
Acusa la rebeldía
Vuestro amante

Benjamin.



Por vos, mi dueña y señora,
Por vuestra alza y vuestra baja
Mi negocio se empeora,
Y se convierte mi caja
En la caja de Pandora.

Yo fui leal y sumiso
Á vuestros tiernos alhagos,
Pero..... vais á hacer preciso
Un terrible decomiso
Ó una suspension de pagos.

Aceptad la letra mia
A la vista, sin protesta,
Sino en muy próximo dia
Veréis la quiebra funesta
de

Samuel y compañía.



Querida: pues no acudís
Presurosa á mi llamada,
Pues mis toques desoís
Con ello me consentís
Una honrosa retirada.

Amigo de batallar
Marcho al asalto de frente,
Mas si me he de retirar

Me retiro, que es prudente
No dejarse destrozar.

Decidid en conclusion
Si retiro, si adelanto;
Decidlo sin dilacion,
Y si no el sitio levanto
Y adios por siempre

Escipion.



No quiso continüar
La lectura de mas cartas
Porque avivan los recuerdos
Que el corazon despedazan.
Solo murmuró en espíritu,
Entre triste y despechada,
Las todavía para ella
Tan fatídicas palabras.....

*Mira que juegas con fuego,
No te acerques á la llama,
Que la llama, niña, quema
Y luego vienen las ascuas,
Tras las ascuas la ceniza,
Y tras la ceniza..... nada.*

III.

¡Cuán fugaces, cuán fugaces
Los años, Posthumo, pasan!
Dijo el gran poeta Horacio
En edad ya muy lejana.
Y así exclamó al contemplar
La su cabellera cana,
La que fué de quince abriles,
Y hoy á la vejez avanza
Y todavía suspira,

Y todavía reclama
Los obsequios de los hombres,
Y se engrie y se engalana,
Y usa de frases equívocas,
Sin que observe, la cuitada,
El tristísimo papel
Que representa en el drama.
Y es que el genio y la figura
Solo con la muerte acaban,
Y la pobre en cuanto al genio
Se ha vuelto monomaniaca;
Y los hombres la escarnecen,
Y las niñas la maltratan.
Pero por mas que aparente
Felicidad, dicha, calma,
Allá en sus adentros ruge
Desoladora borrasca,
Que la conmueve y la agita,
Y tortura y despedaza.
¡Pobre mujer!.... ¿Qué se hicieron
Tu altivez y tu arrogancia?
¿Qué fué de tus amadores
Que á tu placer humillabas
Y que sumisos y amantes
Se rendian á tus plantas?
Todo fué..... todo pasó.....
Y solo en el pecho guardas
Recuerdos, solo recuerdos
Que te destrozan el alma.
No digas de tus victorias
Hoy en derrotas cambiadas;
No finjas una hermosura
Que no es ya mas que pintada.
Mira tu frente, ántes tersa
Por mil arrugas surcada,
Y marchitas tus mejillas
Que fueron de rosa y nacar.
Mira tus blondos cabellos

Ya convertidos en canas.
Mira por fin..... Mas no mires
Que el espejo no se engaña.
Arroja léjos de tí
Los arrumacos y galas;
Porque ya no sientan bien
Ni á tu fecha ni á tu facha.
Mira que con tus locuras,
Chochees y extravagancias.
Eres el hazme reir
Y objeto de bufonadas
De cuantos te ven, y escuchan
Tus historias y baladas.
Recuerda que en otros tiempos
Tú tambien satirizabas
A las que eran lo que hoy eres
Por tu locura y desgracia.
Y recuerda sobre todo
Que te hiciste desgracida
Porque jugaste con fuego,
Te acercastes á la llama,
Porque en ella te quemaste,
Viniendo luego las ascuas,
Tras las ascuas la ceniza,
Y tras la ceniza..... nada.

ORACIÓ

À LA SACRATÍSSIMA VERGE MARÍA TENINT SON FILL DEU JESUS

EN LA FALDA DEVALLAT DE LA CREU,

ORDENADA PER LO MOLT REVERENT MESTRE MOSEN CORELLA. (*)

Ab plor tan gran que nostres pits abeura,
E greu dolor quel nostre cor esquinça,
Venim a vos, filla de Deu e mare;
Que nostra carn dels ossos se arranca
Y lesperit desitja l' esser perdre,
Pensant que mort per nostres greus delictes,
Ver Deu e hom, lo fill de Deu e vostre,
Jau tot estes en vostres castes faldes.

Ab fonts de sanch rega lo verge strado,
Hon chich infant lo bolcas ab rialles;
Yls vostres ulls estillen tan gran aygua,
Que pot lavar les sues cruels nafres,
Fent ab la sanch un enguent e colliri
D' infinit preu per lavarnos les taques
Quel primer hom com a vassal rebelle,
Nos ha causat ensemps ab nostra culpa.

Lo vostre cor partit ab fort escarpre
De gran dolor vos mostra tan greu planyer,
Quels serafins ensemps ab tots los àngels,
Mirant a vos planyent aprenen dolre.
Plany se lo mon cubert d' aspre celici,
Crida lo sol plorant ab cabells negres,

(*) Creemos no desagradará á nuestros lectores que transcribamos esta magnífica oda debida á la pluma de un vate valenciano del siglo XV, que puede considerarse como uno de los mejores clásicos de nuestra literatura patria.

E tots los cels vestits de negre sarga
Porten acorts al plant de vostra lengua.

Ó fill tot meu! hoyu á mi queus parla,
Que 'n lo dur pal haveu hoyt lo ladre;
Puix no voleu que de present jo muyra,
Estiga ab vos tancada 'n lo sepulcre.
Yo us acolli en lo meu verge ventre,
Are, vos, fill, rebeu me dins la tomba;
Que nos pot fer entrels vius yo converse,
Puix que vos mort es ja ma vida morta.

En major loch no penseu jom estenga
Del que, vos, fill, pendreu dins en la pedra.
Siten a mi primera dins la fossa,
Que nous es nou dormir en los meus brassos.
Cobrir vos ha lo mantell qu' a mi cobre,
E si nous par vos basta tal mortalla,
La mia carn que viu haveu vestida,
Nous sia greu que mort encareus cobra.

Mare de Deu, humil tot temps e verge,
Lum daquest mon, del cel luent carvoncle,
Mirra portam de nostre vida amarga,
Dolentnos fort com havem fet offensa
Al vostre fill Deu e senyor benigne.
Ensens tenim que nostre cor perfuma,
Que som contents se faça sacrifici
De nostra carn si vostre fill ho mana.

E no gosam les nostres mans estendre
Para untar del vostre fill insigne
Lo cors sagrat, mas preneu aquest balsam,
Que sens temor nostra lengua 'l confessa
Redemptor Deu a Deu plaent oferta,
Qui al terç jorn, traent del fondo carçre
Los sants catius, lo veureu dins la cambre
Mes clarejant quel sol alt en lo cercle.

FÁBULAS.

30.

ESPINAS INVISIBLES.

Comiéndose un astur una sardina,
 En la garganta se clavó una espina.
 Padecía atrocemente; y «No hay cuidado
 (Decíale un casado);
 ¡Una espina! Por poco te impacientas.
 Cásate con mujer como la mía,
 Y, entónces, cada día
 Esa mujer te clavará quinientas.»
 Soltó la carcajada el asturiano,
 Y la espina salió, y él quedó sano.

*Lector, sin duda hay ellas ¡pobres de ellos!
 Que tienen más espinas que cabellos.*

31.

LA ALIANZA DE LOS LOBOS.

Unidos siete lobos carniceros,
 Comiéronse un rebaño de corderos.
 No bastando el opíparo banquete
 Para saciar el hambre de los siete,
 Los lobos se irritaron,
 Y en amistosa lid se devoraron.

*Ya en España no queda ni aun aprisco;
 ¿Qué mucho que los lobos armen cisco?*

LEON CARNICER.

MISCELÁNEA.

De *La España Musical*:

«Un autor nuevo para nosotros, aunque ventajosamente conocido en su país, el Sr. D. V. Llorens de Palma de Mallorca, ha evidenciado su talento con la publicación de tres lindas canciones tituladas: *Primavera*, *¿Cuán tornarás?* y *Anyoransa*.

Sin ánimo de exagerar, auguramos al Sr. Llorens un brillante porvenir, y le reconocemos cualidades relevantes que han de contribuir poderosamente á su reputación. Sus melodías mallorquinas pertenecen al género popular y característico y reúnen á una recomendable originalidad la sobriedad de armonía que requiere el género.

La frase melódica filosofa siempre la letra á que debe aplicarse y rebosa puro sentimiento é infinita expresión.

Felicitemos de corazón al Sr. Llorens por sus canciones y nos atrevemos á suplicarle no sea este el último trabajo debido á su pluma que nos corresponda juzgar, seguros de que tampoco será este el último aplauso que á su talento prodiguemos.»

* * *

Nuestro estimable colega *La Renaxensa* ha aparecido este año con una nueva y elegantísima forma, colocándose, por lo que á ésta se refiere, en primera línea entre los periódicos españoles. La felicitamos por este progreso.

* * *

Se anuncia en Valencia para el próximo Julio un brillante concurso histórico-literario, con motivo del centenario de la muerte de D. Jaime I el *Conquistador*.

Interesándonos tan directamente la historia de este memorable rey, ¿no sería oportuno que el Ayuntamiento y Diputación de nuestra provincia ofrecieran para aquel certámen algún premio, como sin duda lo ofrecerán muchas otras corporaciones civiles del antiguo reino?